

Domingo 20 ordinario, Ciclo B

DESDE NUESTRO PADRE ADÁN HASTA LOS SANTOS VARONES, UNOS HACEN EL PAN Y OTROS SE LO COMEN

En su amor misericordioso, Cristo compadecido de las multitudes, les dio de comer a manos llenas, pero su intención no era hacerla de panadero en este mundo, sino enviado por el Padre, para conducir a todos sus hijos hacia él. Por eso cuando Cristo quiso hablarles de otro pan bajado del cielo, comenzaron a murmurar pues les mostraba algo incomprensible, aparentemente, para ellos, pero cuando se presentó a sí mismo como el pan bajado del cielo, entonces sí se declararon abiertamente en contra, pues entendieron al pie de la letra lo que Cristo les proponía, sobre todo cuando les habló de su sangre que él les daría en bebida, pues ellos tenían como ley, abstenerse de beber sangre, pues consideraban que la sangre de los animales representaba el símbolo de la vida, sin embargo, Cristo no modificó un ápice sus palabras y continuó presentándoles su mensaje. Vale la pena aquí, mencionar a dos personas que en un viaje en avión casualmente, inspirados por motivados por una de las revistas que distribuyen ahí, tropezaron con el tema de la Eucaristía. Y uno de ellos dijo que para él lo de la Eucaristía no era posible, pues todo un Dios tan grande como se nos manifiesta, no sería posible que cupiera en la pequeñez de una hostia. A ese la otra persona le dijo: "mire por favor por la ventanilla, que alcanza a ver". Las nubes, las montañas, los ríos, las ciudades y las cascadas. Pues si Ud. con ojo tan pequeño puede abarcar todas esas cosas, ¿No podrá Dios albergarse en esa hostia pequeña?

Sin embargo, volvió a preguntar el descreído, ¿cómo es posible que el hombre con su pequeñez pueda hacerse una sola cosa con el Dios Creador? Pues En este mismo momento puede realizar Ud. ese milagro con el desayuno que le han traído: mezcle Ud. el café con la leche, y verá que nunca más podrá separarlos. Lo mismo con el hombre, acepta unirse con Cristo y desde ese momento se obra la transformación en el hombre que se une estrechamente con su Salvador, el que da su vida por todos los mortales. Finalmente el descreído se atrevió a hacer una última pregunta: suponiendo que lo anterior fuera verdad, ¿cómo es posible que Cristo esté presente en todos los lugares del mundo y en tantos hombres que lo reciben al mismo tiempo? En ese momento iba pasando la azafata y el pasajero le pidió que le prestara su espejo de bolsillo. Teniéndolo en las manos, se lo mostró al incrédulo y el primero le preguntó: ¿Qué ves en el espejo? Pues mi propia imagen. Y un momento después, distraídamente lo dejó caer en el suelo, partiéndose en muchos pedazos. Y ahora, ¿Qué vez? Mi propia imagen reflejada unas decenas de pedazos, le replicó. Y parece que ya no hubo más preguntas.

Esto puede servirnos a nosotros que afirmamos en el credo nuestra fe en Cristo Eucarístico y en la Iglesia que nos lo ofrece a manos llenas a cada uno de nosotros que nos acercamos a la mesa del altar, lo mismo que hizo Cristo en aquél memorable día de la multiplicación del alimento corporal, como un anticipo de aquella última cena donde dio cumplimiento a sus promesas, y nos dio por primera vez nada menos que su Cuerpo y su Sangre para alimento y consuelo de nuestros corazones. ¿No esto prodigioso? Pues ahora tenemos casas más

grandes, y muchas gentes que se hacinan en cuartuchos donde no se puede vivir, tenemos carreteras más amplias y no tenemos a dónde ir. Tenemos celulares más potentes pero nos falta la comunicación con los más cercanos. Y tenemos instrumentos más sofisticados que prometen felicidad pero el corazón de los hombres sigue vacío. ¿Por qué no darte una vueltecita a la Misa, al Sagrario, para encontrar la paz que te hace falta?

Tu amigo el Padre Alberto Ramírez Mozqueda espera tus comentarios en alberami@prodigy.net.mx